

Demiurgia

Sergi Herrera Pujadas

Demiurgia



Capítulo 1

Prólogo

El primer sueño

Un denso bosque se extendía hasta más allá del horizonte.

En medio de él, un chico vestido con traje y corbata observaba sus manos con atención, sin saber muy bien porqué. Recordaba que tenía que hacerlo, aunque no sabía cuál era el motivo. Su nombre era Adrian Heiner.

Un suave sonido parecido al fluir del agua le hizo mirar a su izquierda. Había una cerca de barrotes negros rodeando una fuente circular, con un hombre también trajeado sentado en su borde. Avanzó por el bosque con el sonido de hojas caducas crujiendo con cada paso hasta llegar a la puerta. Los barrotes de hierro negro estaban fríos, y las bisagras chirriaron al abrir la puerta.

Adrian se dirigió hacia el hombre sentado en la fuente. Tenía el pelo tan negro como el suyo, y había algo extraño en él: tenía los ojos llorosos y parecía muy preocupado, aunque su postura parecía relajada.

El borde circular de la fuente estaba hecho de marfil, y había una estructura de cristal parecida a varias ramas en vertical en el centro de la fuente. Adrian se acercó al hombre.

-¿Dónde estamos? -preguntó mirando a los lados.

El hombre se limitó a señalar el agua de la fuente. Estaba tan calmada que parecía una superficie sólida por la que podías andar, pero al asomarse se crearon unas débiles ondas por su respiración. El agua reflejaba su joven rostro y su pelo oscuro. Miró a su izquierda y vio que el hombre ya no estaba ahí, cuando de repente oyó un sonido eléctrico provenir del agua. Había pequeñas chispas azules recorriendo toda la fuente, y una de ellas se prolongó hasta tocar su corbata negra. Antes de poder reaccionar de ninguna manera, una fuerza le impulsó dentro de la fuente, como si la electricidad tirase de él.

El agua era increíblemente fría, por lo que le costaba aguantar la respiración. Cada vez se hundía más y más, como si no hubiera un fondo, hasta que todo se volvió negro.

Y entonces se despertó.

Capítulo 2

Presentación

15 de septiembre de 2017

'Concéntrate en el presente, pues es lo único que existe.'

Una sola frase era todo lo que rondaba por la cabeza de Adrian en ese momento. Era lo que le dijo el examinador cuando le dio la mano para despedirse, después de entregar su examen. Era el lema de la Academia.

Sabía que llegaba con retraso, pero eso no impidió que cerrase los ojos y inspirase profundamente antes de abrir la puerta. Oyó el viento venir de lejos, enroscarse por las ramas de los árboles y pasar entre los barrotes negros de la puerta enfrente suyo. Pasó el peso del cuerpo de una pierna a otra, sintiendo los pequeños huecos entre las piedras del camino. Abrió los ojos y miró el cielo nublado, a punto de llover en cualquier momento. Expiró, y entró por la puerta.

El camino de piedra llevaba a una gran fuente circular con una estructura de cristal en el centro, y a partir de allí se bifurcaba en varias direcciones. A Adrian le pareció increíble como cambiaba el paisaje una vez dentro del complejo que formaba la Academia. Fuera, Adrian estaba en un bosque enorme. Dentro, no había más que un suelo de hierba cortada y piedra, con edificios alzándose en diferentes sitios, todos ellos diferentes uno del otro. Él ya sabía a cual tenía que ir.

El anfiteatro era sencillo. Estaba constituido por unos bancos de mármol blanco con forma de arco, cada uno más bajo que el siguiente. En el centro del semicírculo había una tarima negra, y en ella una larga mesa con todo el personal importante de la Academia.

Adrian subió unos escalones y se sentó en uno de los bancos de media altura, al lado de un chico que parecía aburrido.

—¿No han empezado todavía? —preguntó Adrian.

—No, un profesor no ha llegado aún. Estoy harto de esperar.

—Parece que no me he perdido nada —contestó, sentándose.

—Sí, diez minutos de absolutamente nada. —El chico sonrió y le dio la mano—. Me llamo Andrew.

—Yo soy Adrian.

Adrian miró la mesa del centro, donde había un asiento vacío. A la derecha de la silla estaba el director: un hombre mayor, con el pelo canoso y apoyado con los codos en la mesa. Al otro lado, una profesora joven se mordía las uñas y miraba el móvil preocupada.

Todos los profesores y los alumnos llevaban exactamente el mismo uniforme. Camisa blanca con corbata negra, y una chaqueta negra encima que llevaba bordado el emblema de la Academia: la espiral de Fibonacci con los símbolos alfa, beta y gamma formando un triángulo alrededor de ella. Una falda gris diferenciaba el uniforme de las mujeres del de los hombres, aunque era opcional.

—¿A qué clase crees que te meterán? —preguntó Andrew.

—Me gustaría ir a Alfa, pero no creo que tenga el nivel. Lo más seguro es me pongan en Beta.

—¿No te parece una tontería dividir a los alumnos por nivel? Me parece una medida anticuada.

—Pero no crees que...

Un sonido agudo interrumpió a Adrian. El director estaba de pie, comprobando si funcionaba el micrófono. A su izquierda, un profesor venía corriendo con la corbata mal atada. Cuando se sentó, la mujer a su lado le cogió del brazo, preocupada, pero él no le hacía mucho caso.

Adrian frunció el entrecejo, pensativo. Estaba seguro de haber visto ese hombre antes. Su cara, su pelo oscuro... Todo le sonaba. Como si lo hubiera visto ayer.

—Buenos días, alumnos. Soy Stephen Blackwood, el director de esta Academia. En esta institución nos regimos por unos valores muy claros, así que prestad atención: el primero...

—¿Sabes quién es el profesor que está a la izquierda del director? El que ha llegado tarde —preguntó Adrian, susurrando.

—¿No lo conoces? Es Edward Heidrich, el tutor de Alfa. También es un prodigio de la Demiurgia.

—Me sonaba su cara. Quizás lo haya visto en alguna revista o algo.

Empezó a llover. Solo eran unas pocas gotas, pero suficientes para ser molestas. El director, Stephen, se detuvo un momento y dejó el micrófono en la mesa. Frotó las palmas de sus manos y las hizo chocar con fuerza,

como un único aplauso. Acto seguido, las gotas se detuvieron en el aire unos pocos metros por encima del banco más alto, mientras algunas descargas eléctricas se movían entre ellas. Al cabo de unos segundos, se había formado una superficie de agua que reflejaba el anfiteatro invertido, y emitía destellos de luz azulada por la electricidad. Muchos alumnos, especialmente los del banco de arriba, se quedaron embobados mirándolo.

—Bien —continuó Stephen—, como decía, la Educación Demiúrgica dura tres años, cada curso con cinco asignaturas. Cada año se os enseñará una de las tres ramas de la Demiurgia: el primer año haréis Cinética, el segundo Materialización y el tercero Manipulación. Después de estos tres años, podréis elegir en qué rama especializaros. Ahora os asignaremos a una clase según los resultados de vuestro examen de admisión.

Esta última frase atrajo la atención de todos los estudiantes. Adrian estaba prácticamente al borde de la silla, nervioso. Andrew se ajustó la corbata tranquilamente.

—Cada clase está representada por un color —dijo Stephen mientras se ponía de pie—. Rojo para Alfa, azul para Beta y amarillo para Gamma.

Todo el mundo estaba en silencio.

—Concentraos en el presente, pues es lo único que existe.

Dicho esto, Stephen volvió a hacer un único aplauso, que resonó por todo el anfiteatro ahora que el techo de agua lo cubría todo.

Algo tiró de la corbata de Adrian. Él había cerrado los ojos, nervioso. Al abrirlos, vio que su corbata había cambiado. En vez de ser totalmente negra, ahora era una corbata rayada.

Una corbata de rayas negras y azules.